

Antonio Colinas nació en La Habana en 1929. Después de haber estudiado en La Habana, viajó a España, donde trabajó en el campo de la literatura y la crítica. Ha publicado numerosos libros de poesía y prosa.

En 1960 se trasladó a México y se dedicó a la enseñanza y a la crítica literaria. Ha publicado en México los libros "Poesía y prosa" (1960), "El silencio y el ruido" (1962), "El tiempo y el espacio" (1964), "El mundo y el hombre" (1966), "El lenguaje y el pensamiento" (1968), "El tiempo y el espacio" (1970), "El mundo y el hombre" (1972), "El lenguaje y el pensamiento" (1974), "El tiempo y el espacio" (1976), "El mundo y el hombre" (1978), "El lenguaje y el pensamiento" (1980).

En la poesía, sus poemas se caracterizan por su claridad y su sencillez. Su lenguaje es directo y preciso, y su temática se centra en el tiempo, el espacio y el hombre.

EL BELLO ENIGMA DE LA QUIETUD: LA POESIA DE ANTONIO COLINAS

La poesía de Antonio Colinas es un misterio. Su lenguaje es sencillo y directo, pero su significado es profundo y complejo. Su poesía es un espejo que refleja el mundo y el hombre, pero también es un espejo que refleja el silencio y el ruido, el tiempo y el espacio, el mundo y el hombre. Su poesía es un enigma que invita a la reflexión y a la interpretación.

En México, su poesía ha sido muy bien recibida. Ha publicado numerosos libros de poesía y prosa, y ha sido traducido a varios idiomas.

En la poesía, sus poemas se caracterizan por su claridad y su sencillez. Su lenguaje es directo y preciso, y su temática se centra en el tiempo, el espacio y el hombre. Su poesía es un espejo que refleja el mundo y el hombre, pero también es un espejo que refleja el silencio y el ruido, el tiempo y el espacio, el mundo y el hombre. Su poesía es un enigma que invita a la reflexión y a la interpretación.

Como símbolo del silencio
dentro de la quietud
como una voz que se levanta
sobre un silencio que no termina
en nada, en nada, en nada
en nada, en nada, en nada

(Del poema "El silencio y el ruido")

Por J. Varela Bigal

n. 8951

Antonio Colinas nace en La Bañeza en 1946. Durante cuatro años vivió en Italia como lector de español; las experiencias de su estancia en este país se manifiestan a lo largo de toda su obra: ambientes, paisajes y personajes en torno a la cultura italiana.

En 1969 se publican *Poemas de la tierra y de la sangre* y *Preludios a una noche total* que obtiene un accésit del Premio Adonáis; en 1970 *Truenos y flautas en un templo*, Premio Ciudad de Irún; en 1975 la primera edición de *Sepulcro en Tarquinia*, (una segunda edición en 1976) mereció el Premio de la Crítica; su último libro publicado es *Astrolabio*, en 1979.

En la poética que encabeza los poemas que de Colinas aparecen en *Nueva poesía* de Martín Pardo, nos dice: "El hombre que gira al unísono con el Cosmos ha estado olvidado. Si de algo han pecado los poetas de hoy es de no haber mirado con más frecuencia a los astros, a esos espejos fríos que reflejan a un tiempo nuestro desconsuelo de hombres y nuestros sueños de niños". Esta idea se desarrolla en la mayoría de los poemas, como veremos.

La visión de la Naturaleza en Colinas es universalizadora. El poeta asume los grandes interrogantes que a través del tiempo siguen, hoy, sin contestación para el hombre. Para escapar del delirio, o de la desesperación vuelve sus ojos a la Naturaleza, a los astros donde se insinúan algunas de las respuestas. Colinas contempla el Mundo elevándolo a categoría de signo, dándole la cualidad ejemplificadora que lo transforma en mito.

*Oh Noche, cuánto tiempo sin verte tan copiosa
en astros y luciérnagas, tan ebria de perfumes*

Son los dos primeros versos del poema *Novalis* donde el poeta contempla la hermosura de la noche y ansía incorporarse al mundo de los astros, incluirse en su movimiento: "déjame reinar en ti como una luna". Un cierto neorromanticismo empapa esta comunicación del hombre con la noche abierta a los astros y a la música. El poeta mira los astros y ve en ellos la ejemplificación de su comportamiento, su soledad, la incomunicación o su impotencia. Este neorromanticismo no supone el desahogo del alma por el sentimentalismo o la grandilocuencia, sino una manera de sentir espiritualmente la realidad. En la contemplación del mundo sensible, la muerte, desde esta perspectiva, se considera como algo indispensable a la creación:

*porque también este remanso está
abocado a la muerte
pienso que los humanos no desnudan
bastante sus palabras, ni sus hábitos,
ni hacia los astros tienden ya las manos*

(del poema *Poseidonia, vencedora del tiempo*)

El tiempo de los dioses es la eternidad que se funda en un continuo acto cosmogónico, entre la destrucción y la construcción, entre el orden y el caos.

Antes de hacer mención al último libro de Colinas, *Astrolabio*, vamos a detenernos en los poemas reunidos en el libro *Sepulcro en Tarquinia* bajo el título *Castra Petavonium* (1).

El título del primer poema se refiere a la tercera mansión romana situada en la antigua calzada que iba de Astorga a Braccara.

Paulatinamente y a lo largo de cada una de las composiciones, la activa contemplación de la naturaleza: piedras, templos, o montes dentro del espacio leonés, hace que la identificación del poeta con ella aumente. Las vivencias enriquecen la visión y el misterio de lo contemplado que un profundo conocimiento desde la experiencia cultural aviva, dándole una expresión de concreción, cierta aspereza y tensión lírica.

Se contempla ahora un panorama distinto al de los poemas de inspiración italiana. Los elementos de la naturaleza permanecen como detenidos, no ya en su devenir glorioso, sino al olvido abandonados:

*tu manto es de ladrillo de cien onzas,
tus pies acariciados por rastros,
dejad en paz la huesa, nadie mueva
la losa inscrita,
paste encima el ganado*

(*Castra Petavonium*, I)

Una realidad distinta invadida de un nuevo misterio: León. El padecimiento cotidiano de los hombres que allí viven, la serena resignación, la imperturbabilidad de los que saben regir sus actos cotidianos y sentirlos como rituales llenos de misterio. El poeta contempla una naturaleza detenida, proyectada en un tiempo eterno:

*en el soto de encinas
qué pánica visión.*

(*Los estanques*, VII)

A lo largo de todos los poemas, una y otra vez, el hombre, el poeta hace un intento por quedarse situado entre esas dos realidades que se le presentan contradictorias: el cielo y la tierra, (el Teleno y los valles).

La reflexión en torno a esa tierra (León), punto de apoyo y fuente de inspiración, justifica los planteamientos existenciales acerca de su origen. El tiempo no se manifiesta en su devenir, parece detenido desde su fundación: "ayer sacó / la reja del arado un gran brazo de bronce" dice el primer poema. Y es en el V, *A un brazo de bronce*, donde esta idea más se desarrolla: "veinte siglos ocultan tu secreta armonía".

La antigua Roma dejó su huella y ésta continúa hoy imborrable. El recuerdo vivo de la anti-

(1) Sobre el largo poema central que da título al libro *Sepulcro en Tarquinia*, remitimos a los artículos de J. O. Jiménez (*Escolios*, n.º 3, California State University, 1976, pág. 82 "La joven poesía española del momento: el lirismo total de A. Colinas"); A. Amusco (*El Ciervo*, n.º 276, 2.ª quincena de enero, 1976, pág. 29-30 "Inteligencia es Belleza"); A. Domínguez Ruiz (*Estafeta literaria*, 15 de enero, 1977, "Arte, Vida e Historia: Poesía").

güedad, la fidelidad a la cultura europea, y su mantenimiento a través de los siglos está condicionado por la subsistencia misma de esa estructura cultural, social y política de Europa:

*aquí las huellas tiernas en el húmedo barro,
aquí el primer cadáver irreverente, enorme,
el romano aguerrido de las tropas de Augusto
y el bastón y la huesa del bárbaro celoso,*

(*Necrópolis*, VIII)

Los sueños pasados se convierten en misteriosos presentes que manifiestan el miedo a la muerte; es entonces (me refiero al poema *No se aloja en los mesones sino bajo el cielo estrellado*) cuando esas gentes que caminan hacia el Sepulcro del Apóstol, sienten la soledad y el vacío. Son conscientes de que se dirigen hacia unas cenizas sagradas pero siguen caminando movidas por una fe ciega que les recuerda su propio fin: la muerte, a la que todos los pasos van dirigidos. A lo largo de este camino metafórico el hombre padece al sentir la proyección del pasado en el presente sin goce; de ahí que eleve los ojos hacia lo alto buscando la elevación que le santifique. En el espacio cerrado y concluyente de la Catedral el peregrino se purifica. Los últimos versos del libro ejemplifican esta idea al tiempo que auguran un nuevo espacio que quedará abierto en el siguiente libro, *Astrolabio*:

*aquí, en la catedral,
el Tiempo dormirá en el astrolabio.*

Una realidad bien distinta, León, de la que se contemplaba en los poemas anteriores del libro (Italia), encuentra sus raíces en el pasado de ésta; ambas revelan un misterio de significaciones densas. Ni en el horror ni en el goce hay revelaciones que se puedan nombrar; páramos y fuentes se encuentran en el presente del poema.

En el último libro publicado por Colinas, *Astrolabio* (Madrid 1979), la contemplación que se hace de la naturaleza en sus símbolos, como ya vimos en su libro anterior *Sepulcro en Tarquinia*, indica que el poeta acude a ella para encontrar respuestas ante los problemas de la existencia humana.

La Naturaleza, en *Suite Castellana* y *El vacío de los límites*, se presenta plena de simbolismo y misterio como una "tierra en continuo ardor de cicatrices". El poema y su realidad se perciben a través de continuos periodos temporales (2): madrugada, mediodía, tarde, noche. La concepción de que todo tiene fin y principio se basa en la observación de los ritmos biocósmicos ("tiempo sentenciado de las recolecciones"), y en la regeneración periódica de la vida. Esta regeneración presupone al tiempo una nueva creación: vida y muerte sometidas a un ritmo cíclico; la abolición del tiempo en el acto de regeneración se consume. Así en cada madrugada, y en cada primavera, se posibilita el primer acto de vida: el origen.

*Como el trigo, el amor,
verde, despacio, crece, mientras suben las águilas
perpetuando el temor y la gracia en la luz.*

(*Variaciones sobre una Suite Castellana* I)

(2) Esta misma idea puede verse en los poemas: *La patria de los tocadores de Siringa*; *Tras la lectura de unos versos*; *Nochebuena en Atzaró*.

El poema *Nochebuena en Atzaró* plantea la regeneración continua de la naturaleza, el resurgimiento del mundo cada año, donde en los árboles secos renacen nuevas yemas, brota nueva vida. La celebración del Año Nuevo representa en las sociedades primitivas la creación del mundo; eterna repetición del acto cosmogónico en que cada año se confirma la inauguración de nuevas eras. Esta creencia mantiene la esperanza en una posible abolición del tiempo en ese momento mismo en el que el mundo es aniquilado y creado.

La idea de estar en continua creación el mundo se repite en el poema *Motivo para una Vita Nuova*, encontrando felices revelaciones líricas en *Noche de San Juan en Frumentaria*. En esa noche se repite cada año el acto ritual y mítico de la creación del mundo. El tiempo concreto de esa noche se proyecta en el tiempo mítico de la creación, "in illo tempore". Se asegura la Eternidad en la repetición de aquellos actos que hacen al hombre atemporal:

*Vamos hacia la noche más solemne del año.
Al fin ya es hora de sentir el mundo
tal como fue fundado en el principio
de los tiempos*

Ritual que se repite y que confiere nueva realidad al mundo. Cada año en el momento en que el fuego comienza su acción destructora, el hombre contemporáneo sufre al ver su momento histórico en el cielo descendente, en el momento del fin, trágico, injusto, y patético:

*Es el final, la hora de las brasas
y parece pesar más que otros años
el agónico curso del planeta*

El hombre incluido en un momento histórico sólo percibe la monótona y lenta destrucción "el frío contra los huesos calcinados de la Historia" (*Laderas*). El espacio habitado es un espacio sentido como un vacío donde no hay posibilidad de vivir en los sueños, y donde el hombre se abandona a la muerte ("Nada heladora"). Necesario es, entonces, no ahogarse en realidades egocéntricas, en preguntas sin respuesta, ni abandonarse o sucumbir a la Nada. Por encima del dolor y del miedo a la muerte, trascender y revivir en ese espacio ya trascendido. Río arriba ascender de nuevo hacia el monte Teleno (3) donde se completa la armonía de los contrarios; camino de elevación y purificación que culmina en la detención tan deseada del tiempo y en la eterna regeneración del mundo: "escuchar el corazón del pinar" (...) y tocar "la médula del mundo / en la soledad de las piedras astilladas" para dejar que la pureza del aire nos recuerde que:

*Se renovaba el mundo
en los ojos pasivos y negadores del rebaño de cabras
petrificando el tiempo de la cerca*

(*La Corona*)

(3) Frecuentes son las alusiones simbólicas al monte Teleno. En el poema *Laderas*, por ejemplo, la ascensión por el río hacia el monte —centro o realidad absoluta—, hacia "el corazón convulso de la nieve", ejemplifica este camino de elevación hacia los astros donde el hombre queda purificado al armonizar los contrarios.

La contemplación de la naturaleza y de la vida desde esta perspectiva y el misterio que lleva consigo, es lo que devuelve el gozo y la plenitud al hombre. Acto de contemplación que le purifica liberándole así de la conciencia de "pecado" y de su ser histórico.

De esta misma manera podemos tratar la continua confrontación que presentan algunos poemas (me refiero principalmente a las últimas composiciones), entre el hombre primitivo y el civilizado.

Como ya dijimos, el hombre, hoy, está situado en un ciclo cósmico y esto irremediamente le asigna un destino histórico. Está situado en los últimos momentos del ciclo y tiene que soportar (serenamente) ser contemporáneo de un momento en crisis. El primer poema de *La Losa Desolada* versa en torno al problema del hombre que vive en el miedo a la Historia, incluido en el tiempo de los dogmas y la razón (4). Este hombre no puede acceder al camino de la purificación y de la revelación del nuevo espacio, pues el aspirar a ser histórico le niega la posibilidad de liberarse de la Historia. Es el hombre que "escruta el Tiempo" y "escarba en el bosque / del lenguaje y la idea", y "No sabe que la Parca siembra vida" verso que reúne y condensa toda la profunda comprensión de la concepción cíclica de la vida y de la continua regeneración de A. Colinas.

Los poemas *Crónicas de Maratón* y *Salamina* y *Córdoba arde eternamente sobre un río de fuego* plantean un acontecimiento histórico penetrado de la acción espiritual y divina. En ellos se encuentran constantes referencias a la naturaleza de la existencia humana de cualquier momento histórico, a su esencia atemporal y eterna. La batalla de Salamina está envuelta y determinada por la acción de los dioses; una de las dos partes contrincantes, cegada por la necesidad de hacer historia olvida a los dioses; por el contrario, la otra:

*Grecia, con fe, vio descender un rayo
del cielo: era Teseo con su lanza
que arrojaba los persas a la mar.*

Por encima de la anécdota el hombre encuentra en las acciones sagradas o míticas la ejemplaridad que necesita ante su perspectiva contemporánea.

El poema *Córdoba...* mantiene un discurso sobre la existencia basada en la continua oposición tiempo de libertad - tiempo de dogmas; agonía de un mundo - nacimiento de otro.

El eje estructural se apoya en la reiteración de la estructura "así fue" pero "así será", que se mantiene a lo largo del poema y que concluye en un "así es", en un presente histórico:

*Durante cuatro siglos aquí tuvo su sede
la Santa Inquisición,
pero bajo las losas crecían los rosales
de la verdad, se abrían paso los manantiales
(...)
Uno a uno destrozan los frisos y cercenan
las columnas rosadas, mas de ellas va saltando
la sangre como fuente
(...)*

(4) Recordamos el poema *En esa zona en que el pinar se tala* donde el poeta versa sobre la aparición de la conciencia histórica en el hombre: "Así empezó la historia de los hombres:/ en esa zona en que el pinar se tala".

El poema termina

*Hoy la ciudad arroja fuego de sus pulmones,
se rebela en sus ruinas contra los nuevos bárbaros,
ve arder jubiloso el mal sueño de ayer,
los huesos calcinados de sus inquisidores.*

Como decíamos antes, después de la destrucción o muerte renace un nuevo espacio; en éste, el hombre se vence al sueño con la posibilidad de vivirlo. En el poema se armonizan sueños y vigilias. Por el sueño el alma queda liberada y purificada al contactar con lo espiritual. En el sueño van eslabonándose lo finito y lo infinito, el cielo y la tierra, la muerte y la vida. Al final del libro, en el poema *Biografía para todos*, se advierte de la necesidad de soñar. Al hombre deben volver los sueños y con ellos el goce de lo eterno:

*Para mí el universo sólo consta esta noche
de un elemento: el Sueño. El Sueño que ha fundido
la tierra con el agua, el aire con el fuego.*

El poema termina manteniendo la tensión entre la vida en el sueño y la vida en vigilia; ambas necesiéndose en su oposición, cada una resolviéndose en la otra, asumiendo su existencia en la de la otra:

*La vida que empieza con la sombra
y en la sombra termina, cuando de madrugada
sienta el rostro mortal salpicado de luz*

A lo largo de todo el libro hemos ido siguiendo esa línea ondulante —en espiral ascendente— de nacimientos y extinciones, desde la ruina al florecimiento, en el deseo de devolver al hombre su lugar en el Universo, de incorporarlo al ritmo vital del Cosmos. En este sentido el hombre aparece como un colaborador directo en el acto de creación y al intervenir en el estatuto ontológico del Universo se iguala a los dioses.

La Naturaleza y el Arte en la poesía de Colinas se manifiestan en su simbología. El símbolo está cargado de eternidad. La poesía es reveladora; las experiencias vitales y culturales la conforman y el espacio creado trasciende posibilitando la revelación de nuevos espacios que serán conocimientos.

La poesía se resuelve en la tensión que mantienen los encuentros y las búsquedas.

La inspiración es un estado anímico, como dice Colinas, de equilibrio en el más alto grado.

Los versos que formalmente predominan en su poesía son de metro clásico, de ritmo cadencioso y sintaxis neolatinizante. Son frecuentes los versos alejandrinos, los eneasílabos y heptasílabos. La articulación rítmica es el reflejo de la articulación verbal en el sistema. La ritmicidad del discurso y la racionalidad de la lengua se presentan en relación de identificación. El corte del verso es gratuito, el juego rítmico se mantiene, en muchas ocasiones, por el encabalgamiento o el hipérbaton suavizado.

Musicalidad y lirismo son las notas que caracterizan los poemas de Colinas. La música es la exaltación sensorial más espiritualizada; forma de arte en que la materia logra su más alto grado de evanescencia. Ritmo musical en la poesía como reflejo del ritmo de los astros.

Entre otras cosas cabe señalar el artificio intencionado del poeta que elude signos de puntua-

ción y mayúsculas en algunas de las composiciones —sobre todo y con mayor frecuencia en las últimas—. Así incide en lo metafísico o manifiesta la monotonía y sucesión en que se superponen los elementos de ese mundo contemplado.

Señalamos también la lucidez de pensamiento y la fuerza de exposición. La emoción aguda despierta asociaciones de ideas, éstas se deslizan entre imágenes de gran lirismo (5), más sentidas que razonadas. La tensión poética entonces se mantiene en ese conflicto entre la inspiración y la razón.

Colinas advierte de la necesidad de morir siempre en Eurídice para poder así vivir en Orfeo. Sabe, igualmente, que hubo un tiempo en que la poesía tuvo un significado vital que hoy ha perdido; es por tanto necesario devolver ese lirismo, que consume lo sensible y lo significativo, a la poesía.

Para Colinas las palabras son materia transformable por ese "tú" esencial; ese "tú" que, como Hölderlin, Colinas encuentra en la Naturaleza. El lenguaje así, es un intermediario que enseña el itinerario a seguir por el poeta; no es un simple instrumento inadecuado que imposibilita cualquier intento de comunicación.

Es por esto por lo que el lenguaje no le inquieta, no le asusta lo indecible. Y mientras, hoy día, otros buscan salida ante esa negativa comunicación en la ciencia psicoanalítica, o en el estructuralismo filosófico, o en las poéticas al uso, Colinas apela a las palabras confiando en sus inagotables sugerencias y revelaciones.

Rafael Morales apunta (6) la presencia de Cernuda en la lírica de Colinas. Encontramos cierta semejanza en la actitud y disposición melancólica y nostálgica hacia el pasado clásico y cierto neorromanticismo, como también ha señalado César Aller (7).

En la poesía de Antonio Colinas hay una disposición hacia la tristeza suavizada por el tono de serenidad y templanza que se mantiene a lo largo de la obra. El hombre melancólico está más profundamente enraizado en sí mismo y en su vida que el hombre ordinario; para aquél el gozo es únicamente la otra cara del dolor. La nostalgia por lo clásico le lleva al mundo grecolatino y a la Italia renacentista. El paisaje que contempla no es simplemente histórico-cultural sino vivido y, así, real, y en él proyecta su visión personal y subjetiva de la naturaleza en su esencialidad, en su ser, y de este modo la descripción de montes, ríos, bosques, estatuas, ruinas, calles o templos resumen la del cosmos. "Lo que ilumina y humaniza al hombre no es algo de hoy, algo novedoso... La luz está ahí desde el origen de los tiempos" (8).

Más que en el romanticismo español (del que excluimos a Bécquer), Colinas encuentra el tono y ritmo evocador en los poemas de Lessing, Hölderlin, Leopardi y en ese anhelo esperanzado de lo clásico. La lección de la antigüedad es actualmente más necesaria, el proceso de interiorización y la búsqueda de la integridad personal más acuciante.

Lo que Colinas busca no es ese "yo" lacaniano, ni aquel segundo de la esquizia esencial para igualarse al "otro", lo que el poeta busca (como ya apuntó Juan Ramón Jiménez) es el "tú esencial"; la Armonía; la Divinidad.

(5) Ver a este respecto: J. O. Jiménez en el artículo citado pág. 86. L. A. de Villena "Sobre Sepulcro en Tarquinia" en *Insula* n.º 354, mayo, 1976, pág. 5. Y la nota prologal de Fco. Brines a la 2.ª ed. de la misma obra.

(6) R. Morales "El intimismo neorromántico de A. Colinas" en *Arriba*, Madrid, agosto, 1969 donde dice: "Jamás se había dado en estos últimos años una reacción tan puramente romántica como esta de Colinas, sino más bien todo lo contrario".

(7) César Aller en *Arbor*, 1979, pág. 277/145.

(8) Antonio Colinas: "El entusiasmo y la quietud" *El País*, Madrid, 8 de junio 1980 (Libros, I).